LAS CATILINARIAS

Amélie Nothomb

LAS CATILINARIAS

Traducción de Ana Mª Moix
y Concha Serra Ramoneda



CIRCE

Primera edición: Mayo, 1997
Segunda reimpresión: Marzo, 2024
Segunda edición: Febrero, 2026
Título original: «*Les Catilinaires*»
© Éditions Albin Michel, S.A., 1995
© de la traducción: Ana Mª Moix y Concha Serra Ramoneda, 1977
© de la presente edición: CIRCE Ediciones, S.L.U.
Avda. Roma, 157
08011 - Barcelona
Tel.: 93 204 09 90

ISBN: 978-84-7765-329-5

Depósito legal: B 2941-2026
Fotocomposición gama, sl
Maria Calvet, 11
08790 Gelida, Barcelona

Impreso en España

Derechos exclusivos de edición en español para España y todos los países de habla castellana

Diseño e ilustración de cubierta: Natàlia Pàmies

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. El autor y la editorial no se responsabilizan del uso indebido de su contenido.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada informáticamente o transmitida de forma alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia sin permiso previo de la editora.

www.circeediciones.com
info@circeediciones.com
, @circe_ediciones
circe ediciones
@circe-ediciones

A Béatrice Commengé

«Te llamaré guerra y contigo me tomaré las libertades de la guerra y cogeré entre mis manos tu rostro oscuro y contraído...»

Ives BONNEFOY

No sabemos nada de nosotros mismos. Creemos que nos habituamos a ser nosotros mismos, pero ocurre lo contrario. Cuantos más años transcurren, menos sabemos quién es esa persona en cuyo nombre hablamos y actuamos.

Pero eso no constituye ningún problema. ¿Qué inconveniente hay en el hecho de vivir la existencia de un desconocido? Quizá sea mejor así. Entérate de quién eres y te cogerás ojeriza.

Esa simple rareza jamás me hubiera preocupado de no haber –¿qué?, no sé cómo decirlo–, de no haber conocido al señor Bernardin.

Me pregunto cuándo empezó esta historia. Sería conveniente recurrir a docenas de fechas, como si se tratara de la guerra de los Cien Años. Lo correcto sería decir que el asunto empezó hace un año; también sería oportuno añadir que tomó distinto cariz hace seis meses. Sin embargo, lo más adecuado sería situar sus inicios en torno a mi boda, hace cuarenta y tres años. Pero lo más certero, en el sentido cabal del término, consistiría en hacer arrancar la historia con mi nacimiento, hace sesenta y seis años.

Me ceñiré a la primera sugerencia: todo empezó hace un año.

Hay casas que transmiten órdenes. Son más imperiosas que el destino: con una mirada, ganan la partida. No hay más remedio que habitarlas.

Cerca de mis sesenta y cinco años, Juliette y yo buscábamos algo en el campo. Vimos la casa y en el acto supimos que sería nuestra casa. Pese a mi desdén por las mayúsculas, me veo obligado a escribir la Casa, pues sería la que nunca abandonaríamos, la que nos estaba esperando, la que nosotros esperábamos desde siempre.

Sí, desde siempre: desde que Juliette y yo somos marido y mujer. Legalmente, hace cuarenta y tres años. En realidad, llevamos sesenta años de matrimonio. En primaria, íbamos a la misma clase. El primer día de curso nos vimos y ya nos quisimos. Nunca nos hemos separado.

Juliette ha sido siempre mi mujer; también ha sido siempre mi hermana y mi hija, aunque tengamos la misma edad, con sólo un mes de diferencia. Por esa razón no hemos tenido hijos. Nunca he necesitado a nadie más. Juliette lo es todo para mí.

Yo era profesor de latín y griego en un instituto. Mi trabajo me gustaba, y tenía buenas relaciones con mis escasos discípulos. Sin embargo, esperaba la jubilación como el místico espera la muerte.

Mi comparación no es gratuita. Juliette y yo siempre hemos aspirado a liberarnos de lo que los hombres consideran la vida. Estudios, trabajo y mundanalidades, incluso reducidos a su mínima expresión, suponían algo excesivo para nosotros. Nuestro propio matrimonio fue como una mera formalidad.

Juliette y yo soñábamos con tener sesenta y cinco años, y deseábamos abandonar esta pérdida de tiempo que es el mundo. Urbanos desde nuestro nacimiento, ansiábamos vivir en el campo, menos por

amor a la naturaleza que por necesidad de soledad. Una necesidad loca comparable al hambre, a la sed y al asco.

Cuando vimos la Casa experimentamos una deliciosa sensación de alivio: así pues, el lugar con el que soñábamos desde nuestra infancia existía. Si hubiéramos osado imaginarlo, lo habríamos imaginado como aquel calvero junto al río, con aquella casa que era la Casa, bonita, invisible, cubierta por una glicinia.

A cuatro kilómetros del lugar está Mauves, el pueblo donde encontramos cuanto necesitamos. Al otro lado del río, otra casa similar. El propietario nos dijo que un médico vivía en ella. Suponiendo que deseáramos sentirnos seguros, era estupendo: Juliette y yo nos disponíamos a retirarnos del mundo, ¡pero tendríamos un médico a treinta metros de nuestro refugio!

No lo dudamos ni un instante. En una hora, la casa se convirtió en la Casa. No era cara, no había que hacer obras. Teníamos la absoluta certeza de que el azar había tenido mucho que ver en el asunto.

Nieva. Cuando nos mudamos, hace un año, también nevaba. Estábamos encantados: desde la primera noche, aquellos centímetros de blancura nos proporcionaron la rotunda impresión de estar en casa. A la mañana siguiente nos sentíamos más en nuestra propia casa que los cuarenta y tres años anteriores vividos en aquel piso urbano del que nunca nos habíamos movido.

Por fin podría consagrarme por entero a Juliette.

Resulta difícil explicarlo: jamás he tenido la sensación de haber dispuesto de tiempo suficiente para mi mujer. ¿Qué le he dado en sesenta años? Ella lo es todo para mí. Ella dice lo mismo respecto a mí, pero

tal afirmación no borra mi sentimiento de profunda deficiencia. No se trata de que me considere a mí mismo malo o mediocre; lo que ocurre es que Juliette nunca ha tenido nada ni a nadie, excepto a mí. He sido y soy su vida. Sólo pensarlo siento un nudo en la garganta.

¿Qué hicimos aquellos primeros días en la Casa? Nada, creo. Sólo algunos paseos por el bosque, tan blanco y silencioso que nos deteníamos a cada rato para mirarnos con expresión sorprendida.

Aparte de aquellos paseos, nada. Habíamos llegado a donde habíamos deseado estar desde nuestra infancia. Y de repente supimos que aquella existencia era la que siempre habíamos anhelado. Si nada hubiera turbado nuestra paz, sé que habríamos vivido así hasta la muerte.

Esta última frase me hiela el corazón. Me doy cuenta de que estoy relatando mal la historia. Cometo errores. No inexactitudes ni falsedades, sino errores. Se debe, sin duda, a que no comprendo la historia: me supera.

Un detalle de aquella primera semana que recuerdo perfectamente: encendía un fuego en la chimenea y, por supuesto, con poca destreza. Al parecer, se requieren años de práctica para salir airoso de semejante proeza. Logré hacer algo que ardía; sin embargo, aquello no podía recibir el nombre de fuego, pues era evidente que no duraría. Digamos que provoqué una combustión momentánea: y ya me daba por satisfecho.

Agachado junto al hogar giré la cabeza y descubrí a Juliette. Estaba sentada en un sillón bajo, muy cerca, y contemplaba el fuego con esa mirada tan suya: respetuosa concentración en el objeto contemplado, en aquella ocasión el mísero fuego del hogar.